

NOSTALGIA

–Prefacio–

Consciente de haber recorrido más de la mitad de mi camino; y en el umbral de la última etapa de mi vida, desde cuya cima contemplo, melancólica, las vivencias de mi lejana y feliz infancia, quisiera que este humilde testimonio sirviera también como homenaje y recuerdo para mis abuelos maternos, citados anteriormente al principio de mi relato, “LA ALCOBA MISTERIOSA”. Deseo también que mis humildes palabras puedan servir algún día de generoso estímulo a las generaciones futuras en su constante y obligado apoyo a la memoria de nuestros mayores; dando así continuidad y sentido al porqué de mis recuerdos presentes. Quisiera, en conclusión, que esta pequeña historia, como flor de otoño, duerma en el pensamiento de las generaciones posteriores; y algún día, se convierta para éstas en flor de radiante y perpetua primavera.

Situando esta pequeña narración en aquel paréntesis histórico en el que transcurrieron mis primeros años de infancia, diré que fueron tiempos muy difíciles para aquellos pueblos de Extremadura y otros muchos de la mayor parte de España: se encontraba nuestro país recién salido de una terrible guerra civil, y la vieja Europa, convertida en un atroz e inmenso campo de Marte, se recuperaba lentamente de sus heridas, tras la gran tragedia de la Segunda Guerra Mundial.

A pesar de tantas penurias, puedo decir que mi infancia, comparada con tantas estrecheces, fue realmente privilegiada: mis necesidades básicas, en cuanto a alimentación y vestido, estaban cubiertas; y no me faltó nunca el cariño de mis padres. En conclusión, y por todo ello, no llegué a conocer nunca las grandes hambrunas de aquellos años.

Vivía feliz con mis padres y hermanos en una tierra en la que, aunque no habíamos conocido nunca el significado de la palabra abundancia, tampoco compartíamos mesa con la miseria. A pesar de ser aquella una etapa difícil, fue una existencia sencilla y sin grandes sobresaltos: vivíamos en un lugar al que las noticias de la guerra y otros grandes males de la humanidad no llegaban o, si lo hacían, era de forma lejana y carente de interés. Digamos que Torrecillas de la Tiesa y otros muchos pueblos de Extremadura y Castilla parecían continuar, en aquel tiempo, instalados en una especie de sueño medieval del que no pensarán despertar jamás.

Relataré aquí, por lo tanto, la cotidiana y feliz convivencia con mis abuelos maternos durante alguno de aquellos años en la huerta, y siempre que mis obligaciones escolares me lo permitían. Claro que he de reconocer que en determinadas épocas del año mis faltas a la escuela se produjeron demasiado a menudo. Pero estas pequeñas o grandes ausencias al colegio se solucionan a lo largo de una vida sin grandes dificultades; sobre todo, si existe en el individuo voluntad y deseos de aprender todo aquello que la vida le ofrece, y siendo un poco o “un mucho” autodidacta.

Recuerdo que, aprovechando los periodos de vacaciones verano, Navidad y Semana Santa, pasaba grandes periodos en la huerta con mis abuelos, debido a que mi abuela estaba enferma del corazón. Me llevaban para ayudarle en las tareas de la casa, y eso para mi era el mejor regalo que podían hacerme, ya que me lo pasaba muy bien. Aquel campo lo llamábamos “el río” (era el río Almonte, uno de los afluentes del Tajo), dada la proximidad de éste con la huerta y con la casa, en la que vivíamos aquellas largas temporadas, dedicados al cuidado y recolección de una abundante variedad de frutos propios de aquel valle.

La huerta estaba situada junto al río. Era una extensión de tierra, más o menos rectangular, y cerrada toda ella con paredes de piedra, y de mediana altura. Sólo había una entrada al lado de la casa, en una de las esquinas de la finca, y cerca del camino que bajaba del “rivero” (denominación que se le daba por aquellas tierras al descenso, entre riscos y diverso matorral, hacia un profundo valle por el que transcurría un río). La casa, en su fachada principal, lindaba con la huerta, y por detrás, con un grupo de viejas encinas a cuya sombra pasábamos parte de nuestro tiempo, cuando en el verano teníamos poco que hacer y, por supuesto, cuando apretaba el calor. Yo lo pasaba muy bien, pues mi abuelo, siempre para que jugara en mis ratos de ocio y, a la vez, tenerme contenta, me había construido un “remecero” (columpio) en una de aquellas encinas.

En cuanto a la vivienda, ésta tenía una distribución bastante rara y nada parecida a la convencional: disponía, extrañamente, de dos puertas de entrada que daban paso, una a la cocina y la otra a un portal utilizado para los cántaros del agua y una serie de trastos y herramientas relacionadas con el trabajo del campo. Detrás de la cocina y de la de los aperos relacionados con la huerta había dos dormitorios que comunicaban directamente con las anteriores.

Este exótico trazado de la casa tenía, aunque parezca mentira, una explicación lógica, ya que las dos habitaciones interiores (dormitorios) era un secadero de pimientos, puesto que los techos disponían de una especie de rejillas donde se colocaban los pimientos, y debajo de estos iba el fuego que los iba secando lentamente para conseguir así ese color tostadito y con un cierto sabor ahumado; características muy propias del pimentón de nuestra tierra.

Cuando los dos dormitorios funcionaban como secaderos, entonces nosotros dormíamos, obviamente, en las de fuera (la cocina y la de los trastos); por así decirlo éramos relegados, o mejor dicho, expulsados prácticamente a la calle, ya que esta especie de zaguanes carecían de puerta: sólo disponían de una cortina. Pudiéramos decir, sin temor a equivocarnos, que dormíamos muy cerca de la intemperie. Cuando los pimientos entraban, nosotros salíamos; tenía mucha más importancia la cosecha que nuestras propias vidas. Como decía

mi abuelo: “Ahora ellos son los más importantes”. Y se pasaba gran parte de la noche echándoles leña para que ellos durmieran calentitos, mientras que nosotros, en los portales de entrada, dormíamos separados del relente de la noche, únicamente, por una vieja manta que hacía las veces de cortina. Todos los secaderos de la zona utilizaban el mismo sistema; dando bastante más importancia a la cosecha que a las personas. Pero, tratando de quitar trascendencia al hecho de ser, prácticamente enviados a dormir a la calle, dadas las circunstancias, el éxito del correcto secado de los pimientos era, sin embargo, muy importante para la consecución “del pan nuestro de cada día”. Y como dice el refrán: “El que algo quiere, algo le cuesta”; aunque, en este caso, yo diría que el precio era un poco alto.

Otra parte de la casa era lo que nosotros llamábamos el cobertizo, aunque, en realidad, era el secadero del tabaco, pero nosotros lo utilizábamos también para guardar el ganado. Disponíamos de varios animales: un caballo negro precioso, dos mulos, una yegua y una burra. El caballo y la burra eran nuestro medio de transporte. Los mulos y la yegua para el trabajo. Otro grupo de inquilinos del cobertizo eran las gallinas, que nos proporcionaban, o mejor dicho, nos regalaban una calidad de huevos que, ni a precio de oro, encontraríamos hoy en ninguna parte. Estos huevos, fritos con unos pimientos largos, eran una especie de manjar, para mí, digno de dioses. Sin embargo, las gallinas tenían el inconveniente de ir dejando por todas partes la tremenda huella de sus gallinazas. Para guardar a las gallinas y a la casa contábamos con dos perros, pero lo de “contábamos”, a veces, era un tanto ficticio, ya que éstos o dormitaban tranquilamente o estaban donde no debían, dado que, en alguna ocasión que yo recuerdo, entró la zorra “a su aire” y se comió los huevos y, por añadidura, mató alguna de las gallinas. A pesar de todo éstas eran algo tontorronas, “se dejaban comer por cualquiera”. Y mi abuelo, ante el deshonesto y cobarde comportamiento de los perros, exclamaba: “Estos sinvergüenzas nunca están donde deben”; y seguidamente, los citados canes eran apaleados sin piedad, como “recompensa” al vergonzoso incumplimiento de su deber. En realidad, yo pensaba que más que perros parecían ovejas, dada su mansedumbre, y su poca o nula agresividad “ante el enemigo”

Finalmente, queda el grupo de los cerdos. De éstos nos ocupábamos mi abuela y yo: los sacábamos para que comieran, pero lo más importante era que estos corrieran cuanto más mejor. Cuando le abríamos la puerta de la pocilga, primero había que tomar algunas precauciones, porque se producía una estampida porcina que, lastimosamente, podía terminar con nosotras por los suelos. Nada más salir, ya prácticamente habían desaparecido, galopando furiosos camino de algún lugar que solo ellos elegían, y que nosotras intuíamos, dependiendo de la dirección que tomaran; y aunque eran totalmente anárquicos, siempre seguían al líder del grupo y “corrían como alma que lleva el diablo”. Digamos también que parecían

huir aterrorizados por alguna razón desconocida, tal vez, pienso yo, porque eran conscientes de la proximidad de la matanza. Pero, como ya he comentado al principio, la principal razón de su salida era eso, que corrieran. Porque, como decía mi abuelo, así se le apretaban las carnes y estas eran más sabrosas.

Tras esta pormenorizada descripción de la casa, de los animales que vivían en ella y de su cercana relación con nosotros, he de relatar aquí, antes de seguir adelante, cual era la “aventura” de mis viajes, cada vez que tenía que ir o venir del pueblo a la huerta:

Cuando salíamos del pueblo, a mitad del camino, comenzaba la dehesa de la Atalaya, a la que pertenecían la casa y la huerta. A mí era el trozo de viaje que menos me gustaba, y todo por culpa de unos perros que tenían los pastores para cuidar un rebaño de ovejas que acostumbraban a pastar a la orilla del camino utilizado por nosotros –qué remedio..., no había otro para ir-. Y era tal el pánico que me daban aquellas bestezuelas que, en más de una ocasión, terminaba llorando “a moco tendido”. Sin embargo, pasados unos metros me alegraba de nuevo, al contemplar como empezaba a descender el camino hacia la huerta. Allí estaba mi mundo, ese mágico y maravilloso mundo que yo había creado para mí; y del que me consideraba absolutamente dueña. Allí pasaba las horas soñando en un mundo de fantasía. En aquel lugar pasé, sin duda, los años más felices de mi infancia (tendría yo por entonces... unos nueve o diez años).

Pasábamos allí en “el río” las temporadas de recolección del algodón, tabaco, pimentón y también de los cereales. Era una huerta muy rica, cada palmo de terreno era aprovechado al máximo. Y mi abuelo, en los lugares de más difícil acceso, tiraba unas semillas que bien pudieran ser cacahuetes, sandías o melones o cualquier otra cosa, con tal de no desaprovechar el terreno. Así es que, cuando iba por los pequeños senderos, siempre me encontraba con algún fruto. Qué maravilla ver la huerta desde lo más alto del “rivero”, eso era algo indescriptible. Parecía como una inmensa alfombra verde en la que te gustaría tumbarte mirando al cielo, y darle gracias a ese Dios Creador por poner ante tus ojos tanta belleza y hacerte sentir tantas emociones. ☐Dios mío...! Hoy, desde la distancia de tantos años, aún sigo amando aquella tierra.

Al final del pedregoso camino, como es lógico y ya he comentado antes, se encontraba el valle con la huerta y la casa junto al río. De éste salía un pequeño desvío natural hacía un pequeño embalse en el que se acumulaba el agua para el riego de la huerta, y cuando éste se llenaba se cortaba el suministro, en su salida, sin grandes dificultades. Esto facilitaba los trabajos de regadío, al tener el agua embalsada en una zona muy cercana a la huerta. Todo aquel agua del río era una bendición para aquella tierra; y, sobre todo, lo era más el hecho de que dispusiera

mi abuelo de un viejo motor para bombearla. Aquello era un acontecimiento; sobre todo cuando salía el agua por las tuberías. Era un motivo de fiesta, porque eso significaba que el motor no estaba averiado, cosa que solía pasar muy a menudo. Y de las reiteradas averías del citado “cacharro” uno de los que más se lamentaba era mi padre, ya que se pasaba los domingos enteros arreglándolo (iba por allí sólo esos días), “apoyado” en la escasísima paciencia de mi abuelo que únicamente se dedicaba a protestar y a no dar soluciones, cuando aquel viejo motor, con todo el descaro del mundo, o no arrancaba o se paraba en plena faena. “Nunca hay dicha completa”, pensaba yo afligida, tras las constantes averías de aquella vieja y achacosa máquina.

Cuando por fin salía el agua, parecía que había estallado el famoso chupinazo de San Fermín. Mi hermano y yo corríamos jubilosos a lo largo de la acequia, cual si de un enorme tsunami se tratara. Era, ciertamente, aquello para nosotros más que una humilde corriente de agua, una bendición del cielo para aquellos campos sedientos y un sencillo e inocente juego de niños.

Volviendo atrás en mi relato y a los orígenes de la citada corriente de agua, añadiré que a ese pequeño embalse lo llamábamos “el charco del motor”. Y además de sacar agua de él para el riego, era utilizado también por mi madre para lavar la ropa y por nosotros para nuestros juegos, chapoteos y baños veraniegos. También se utilizaba para la limpieza de la casa.

Más allá del embalse, emergía de la tierra un grupo de grandes rocas que, cual si de hongos se tratara y con cierta actitud arrogante, parecían solitarios vigilantes apostados a la entrada del valle; y a las que yo bauticé con el nombre de “mi cancho”. Esto era para mí un pequeño universo; y digo pequeño universo, porque allí, sobre aquellas viejas rocas, podía soñar que existían todo tipo de ciudades, monstruos, y todo lo que una niña con su imaginación era capaz de crear en un mundo de ficción y de ensueño.

Éstas eran tres o cuatro que, resquebrajadas y erosionadas por el paso de los siglos, se habían cubierto de tierra en sus grandes grietas y oquedades, como si alguien, preocupado de vestirlas, hubiera querido resguardarlas del tiempo y de la intemperie.

Llegada la primavera, brotaba la vida como cada año; y lo que en invierno era triste y gris sobre ellas, se tornaba ahora allí, y en todo el valle, en una infinita variedad de colores. Éstas, al tener forma de escalera y llenarse de multitud de pequeñas plantas, parecían auténticos jardines colgantes; pero, curiosamente, uno de aquellos escalones no tenía tierra, porque tenía algo de pendiente, y las lluvias de otoño se habían encargado de dejarlo limpio. Y ese era mi trono. Desde allí, como una reina, podía contemplar el grandioso surgir de la vida en aquel valle y en las pequeñas colinas que, al rodearlo, parecían protegerlo de los rigores del invierno. Me sentía tan privilegiada que, en aquellos momentos, al poder disfrutar sola de tanta grandeza, daba rienda suelta a mi imaginación.

Ya cualquier cosa podía suceder: desde crear una ciudad llena de gentes con sus trabajos cotidianos, y sobre todo con niños jugando por las calles, hasta creer que, a veces oía sus risas. También podía soñar que, sobre aquel pequeño risco, había un castillo donde vivían unos príncipes que yo conocía de los cuentos; y por supuesto, también podía soñar que yo estaba dentro de aquella fortaleza, viviendo en primera persona todo cuanto allí ocurría: fiestas y grandes banquetes a los que acudían todas las gentes del pueblo que trabajaban para aquel señor feudal dueño del castillo, y al que todos querían por haber ganado una batalla o haber matado un dragón que aterrorizaba a sus siervos, cuando éstos trabajaban las tierras de su señor. En estas u otras historias me encontraba, cuando algunas veces, de lejos, llegaba la voz de mi abuela llamándome, y rompiendo con sus voces aquella línea que separaba mi ensoñación de la realidad. Yo preocupada, dejaba de manera provisional aquel hermoso mundo de mis sueños. “Ya volveré más tarde”, pensaba jubilosa. Mientras sin prisas, caminaba de nuevo hacia una realidad más cercana y también muy feliz, dado el cariño que sentía por mis abuelos.

–¿Isabelitaaa...! ¿Dónde estás? –insistía mi abuela desde algún lugar de la casa–, que es la hora de comer, y “al agüelo” no le gusta esperar por nadie.

–¿Ya voy! –gritaba yo, no obstante, sin hacer demasiado caso a su llamada y un tanto molesta por tener que abandonar aquel lugar de forma tan urgente e inesperada.

Como ya he comentado anteriormente, la razón principal de mi estancia en la huerta era la enfermedad de mi abuela, por lo que tenía que hacer ciertas tareas que ella ya no podía realizar. Yo aunque aún era todavía una niña, sin embargo, mi madre ya me había enseñado todo lo que se necesitaba para mantener una casa limpia y en orden. Lo único que no hacía era cocinar, ya que ella sabía hacerlo mucho mejor que yo, y además a ella le daba miedo de que pudiera quemarme. En resumidas cuentas, me dedicaba a traer el agua desde el “charco del motor” para fregar y para el aseo personal de los que estábamos allí. Para beber la traíamos de unos manantiales cercanos.

Uno de los trabajos que a mí me gustaba mucho realizar era el de ir a por lechugas, tomates, pimientos etc. Sobre todo, porque los recogía directamente de la planta. Seguidamente, me acercaba hasta el río, y allí en la corriente de agua lavaba “aquella pequeña cosecha”. Cuando llegaba a casa, ya estaba todo listo para preparar la ensalada, aunque yo, por el camino, ya había dado buena cuenta de aquellos frutos tan naturales; y tal vez, dignos de la mejor calificación gastronómica, como productos de la tierra. De todas formas, la lechuga era para mí el bocado más exquisito. También podía darme una vueltecita por donde estaban las sandías, melones, melocotones, peras y manzanas. En fin, todas aquellas frutas que hoy podemos encontrar en un supermercado yo las tenía al alcance de la mano, y con la suerte de poder elegir el grado de madurez de cada una de ellas. Todo aquello era maravilloso, aunque mi abuelo, a veces, me echaba la bronca porque alguno de aquellos frutos estaba poco maduro o porque, cuando por fin llegaba a casa, el cargamento, generalmente pequeño, ya llegaba un poco diezmado.

–Pero Isabelita! –protestaba mi abuelo en algunas ocasiones–, si tu abuela te pidió que trajeras tres lechugas, cómo es que traes dos. ¡Hay que “joelse”! Tienes que procurar no comértelas por el camino... –y tras estas palabras, se retiraba emitiendo un apagado ronroneo desaprobatorio.

–No “agüelo”! –protestaba enérgicamente la improvisada frutera–. Es que la que falta seguramente se me habrá perdido por el camino. Y algún tomate también, porque la bolsa está muy vieja y algo rota por abajo –sentenciaba su nieta finalmente, y con muy mal disimulada sorna–. Cosa que terminaba por desquiciar a mi abuelo, que desaparecía del lugar rápidamente, y con cara de “muy malas pulgas.”

–A ver, mi niña –susurraba mi abuela, conciliadora y con cierta tristeza–. No hagas enfadar a tu abuelo. Y mirándome dulcemente a los ojos añadía: “El sabe

que estás mintiendo, y eso no le gusta. Tu come lo que quieras, pero no seas mentirosa.”

Yo permanecía silenciosa unos minutos, tratando de buscar alguna solución ante un probable y nuevo enfrentamiento, cuando volviera a producirse un nuevo recuento de la mercancía solicitada. “[Qué tontería!”, pensé indignada, “¿cómo no se me habrá ocurrido comer primero algo de lo que me gusta y luego coger lo que he de llevar para casa...?”, concluí un poco más tranquila y consciente de haber resuelto un problema de tan poca importancia y de una lógica aplastante.

Otro de los recuerdos felices de mi estancia en “el río” era la llegada de mis padres y mi hermano, cuando los domingos venían a visitarnos (mi otro hermano pequeño aún no había nacido). Esos días me levantaba temprano. Ilusionada y nerviosa, daba vueltas de acá para allá, y pasaba el rato mirando hacia el camino.

Hacía una semana que no los veía. Y aunque yo estaba bien con mis abuelos, sin embargo, a mis padres les echaba mucho de menos. Cuando comenzaba a verlos bajar por el “rivero”, mi corazón daba saltos de alegría. Y seguidamente, tras su llegada... besos, abrazos, preguntas e infinidad de muestras de cariño hacían que aquello se convirtiera en un auténtico guirigay. Seguidamente, mi hermano se perdía por la huerta y no aparecía hasta pasado un buen rato. Para entonces, seguro que ya habría comido de casi todo lo que fuera más o menos comestible; estuviera o no maduro, el lo llevaba todo “a raso”. Y tras semejante rapiña, lógicamente, llegaba el consiguiente cabreo de mi abuelo.

–“[Cagüencrista!, vaya “lardina” que deja este muchacho cada vez que viene por aquí –gritaba mi abuelo indignado ante semejante saqueo.

–Déjelo “usté...” –decía mi madre, en defensa de mi hermano–. ¿No ve que ahora es “mu chico” y no sabe todavía si el fruto está maduro? –concluía ésta, complaciente y siempre en defensa del más débil.

–“Pos” hay que “joelse”, si no lo sabe, que no vaya, [co...jones! –contestaba mi abuelo, visiblemente enfadado– o que vaya contigo o con su padre. No están los tiempos para tirar las cosas –decía finalmente con cara de pocos amigos.

–[Huyy...! “Pos” anda que..., no te has vuelo tú “delicao ni na” –protestaba mi abuela, cumpliendo fielmente con su papel de esposa (llevar la contraria); y sobre todo mi abuela, en este caso, y otros similares–. ¿No te da vergüenza portarte así con el muchacho “pa” un rato que viene a vernos? –añadía finalmente en defensa de su nieto.

Mi abuelo se daba media vuelta, y desaparecía durante un buen rato. “Faltaría más que ésta no me llevara la contraria”, pensaba indignado en su deambular por las inmediaciones de la casa; “hay que 'joelse' con la 'mugel' esta, 'toa' la vida en contra mía” se decía desconcertado, sin saber que actitud adoptar en estos casos. Y como siempre después de tanto rato cavilando sobre lo ocurrido, llegaba a la conclusión de que era mejor olvidarse del tema.

Terminados estos pequeños conflictos optábamos por irnos con mi madre al “charco del motor”: ella a lavar la ropa, que era lo más urgente, y nosotros a bañarnos. Pero, cuando no hacía tiempo para el baño, jugábamos por allí, aunque siempre donde mi madre pudiera tenernos controlados. Mi padre ayudaba a mi abuelo o, si no, cogía sus cañas y se iba de pesca al río; siempre a merced de las críticas de aquel, que consideraba aquello como una forma de perder el tiempo. Aunque, en el fondo, tenía buen corazón; pero era, sin embargo, un poco quisquilloso.

Mi abuelo y mi padre no se llevaban muy bien: eran los dos de carácter fuerte y orgulloso. Chocaban a menudo, pero no tenían más remedio que claudicar, ya que los dos se necesitaban, aunque ninguno de ellos lo reconocía.

Tampoco mi abuelo no terminaba de aceptar que mi madre se hubiera casado con un carpintero, en vez de hacerlo con un hombre de campo, sobre todo porque así hubiera contado con dos brazos más para trabajar la tierra. ¶Hasta qué punto la ignorancia y la ambición caminan juntas! No se daba cuenta de que mi padre estaba acostumbrado a todo tipo de máquinas y herramientas, cosa que para él debiera haber sido considerada como algo muy importante en los trabajos de la huerta; ya que lo mismo que arreglaba una mesa o una puerta, le arreglaba el dichoso motor que bombeaba el agua para el riego de la huerta, porque mi abuelo no tenía ni idea. También trabajaba en la huerta, pero ni aún así mi abuelo le cogía cariño. Como decía mi padre: “Toda la vida como un cabrón, y no te lo agradece nadie.”

Llegaba el tiempo de la recolección, y mi abuelo contrataba a unas veinte personas entre mozos y mozas del pueblo para recoger el algodón, el tabaco o los pimientos. Venían por las mañanas y se marchaban por las tardes. Aquello suponía para nosotros un cambio radical en nuestras sosegadas vidas que, de repente, se veían atropelladas por toda aquella “muchedumbre”, dispuesta a revolucionarlo todo durante un par de meses. Trabajaban duro, pero eran felices: cantaban y reían, eran jóvenes. Y ese dinero les servía para pasar un poco mejor el largo invierno.

Primero comenzaban por el algodón. Esta planta era un arbusto con un fruto en forma de cáliz con cinco hojas que, al abrirse, hacían que brotara aquel precioso y preciado fruto. Éste, con su luminoso y espléndido color blanco, parecía dar vida de nuevo a aquellas tierras, marchitas por el intenso calor del verano.

La forma de recolectar el algodón tenía sus propias reglas o su particular método de hacerlo, dado que cada producto de la tierra tiene unas propiedades y usos diferentes al resto de los demás: las mozas llevaban un delantal a modo de bolsa situada delante de ellas, tipo canguro; y ahí iban echando el algodón. Cuando tenían llena la bolsa, la vaciaban en el saco que llevaba alguna que iba detrás. Al terminar la recolección de éste, se transportaba, seguidamente, hasta Navalmoral de la Mata, donde, al parecer, se almacenaba para su posterior distribución a otros lugares y elaboración final al servicio del consumidor.

Después venía la recogida del tabaco y el pimiento. Estos trabajos se iban alternando en función de la madurez de los frutos citados: el pimiento se recogía cuando estaba bien rojo; y, sin amargo, el tabaco lo cogíamos, cuando sus hojas verdes se tornaban en un brillante amarillo pálido, señal inequívoca de la llegada de su tiempo de maduración. Se cortaba la planta a un palmo, más o menos, del suelo y atado en haces se llevaba al cobertizo, donde se colgaba para su posterior secado. Una vez colgadas las plantas, una por una, en el techo del secadero, la imagen resultante de esta curiosa actividad se parecía, sin lugar a dudas, a la que pudiéramos haber realizado tras haber colgado los chorizos, los patateros y otros productos del cerdo después de una copiosa matanza.

Pasados un par de meses, se descolgaban las citadas plantas de tabaco y se iban separando las hojas; y tras esta última y minuciosa actividad, se hacía una gavilla (conjunto de sarmientos, hojas etc.), en este caso el conjunto de hojas, que se unían por sus pecíolos con otra de ellas para formar, finalmente, las citadas gavillas. A continuación se agrupaban en alpacas parecidas a las de la paja, y ya estaban listas para llevarlas, lo mismo que el algodón, a su centro de recepción

en Navalmoral.

Por último, vamos con la cosecha de los pimientos: tras recogerlos bien rojos los poníamos encima de una rejilla colocada en el techo de las habitaciones, utilizadas como dormitorio; y debajo, en el suelo, se preparaba la fogata citada anteriormente para que el calor los secase y tostara debidamente. Tras esta última operación, y cuando estaban bien churruscaditos, se bajaban y con una maza redonda de madera los machacábamos. Finalmente, tras meterlos en sacos, se los llevaban hasta un molino que había cerca para molerlos. Después de este proceso de elaboración, ya estaban listos para su venta.

Al final de estos trabajos, mi abuela organizaba una gran cena para celebrar que la recolección había terminado.

Mi relación con los jornaleros era de absoluta cordialidad. Con qué alegría y con qué ganas me despertaba por las mañanas, sabiendo que éstos no tardarían en llegar con sus risas y sus nuevos chismes del pueblo. Hay que reconocer que después de tanta soledad, no venía mal aquella algarabía que ellos organizaban, al llegar con sus burros. Soltaban sus alforjas con sus fiambreras y tras esta operación, aparecía mi abuelo, y sin ceremonia alguna decía: “Al tajo, que para luego es tarde”

Terminaba la recolección, y todo aquello volvía a la normalidad. Nosotros nos quedábamos algún tiempo más, mientras mi abuelo terminaba de recoger lo que era el cultivo tardío; pero todo resultaba ya más tranquilo, y nuestra vida familiar era también más rica, porque teníamos más tiempo para hablar de “lo divino y de lo humano”. Estas charlas familiares se producían, sobre todo, después de cenar: nos sentábamos a la puerta de la casa y mis abuelos me contaban historias que a ellos les habían contado otras gentes o que ellos mismos habían vivido. A mi me gustaba mucho el relato de aquellas vivencias, y las escuchaba con tanta atención que no me daba cuenta de que me picaban los mosquitos. Claro que, cuando era sólo uno, no importaba demasiado; pero, cuando eran muchos, y como éstos eran muy canallas y no cejaban en su empeño, no me quedaba otra alternativa que poner remedio a tan enojoso asunto.

–“Agüelo”! Estoy harta de los mosquitos –protestaba yo, a veces, cuando éstos se propasaban demasiado–. Terminarán comiéndome alguna noche, si no le damos una solución –concluía sofocada y a manotazo limpio.

–No te preocupes hija –decía mi abuelo, compasivo e indignado a la vez–. Esto lo arreglo yo ahora mismo.

Y efectivamente: cogía una palangana vieja que siempre utilizaba para estos casos. Seguidamente nos dirigíamos a la cuadra donde estaban las caballerías, y en un rincón de ésta recogíamos los excrementos secos que mi abuelo apartaba cada día para que los animales no los estuvieran pisando, más que nada por lo

desagradable que resultaba. Cogíamos unos cuantos “cagajones” (excrementos secos de las caballerías), que era como nosotros llamábamos a aquel “excelente” material; los poníamos en el recipiente citado, y, con todo aquel pequeño y raro cargamento regresábamos al lugar donde los enfurecidos mosquitos parecían querer acabar con nosotros. Una vez depositado el recipiente en las proximidades de nuestro lugar escogido para el serano (tertulia nocturna en los pueblos), le prendíamos fuego a su contenido. Aquel curioso incendio no producía llamas, sólo una discreta humareda con un olor entre paja seca y hojas muertas que no parecía gustar a tan desagradables intrusos; y rápidamente, éstos optaban por desaparecer de nuestro lugar de animada tertulia, continuando nosotros, ya más tranquilos, con nuestra conversación, hasta que se quemaban todos los cagajones; o hasta que mi abuelo se levantaba y, de forma un tanto ceremoniosa e inesperada para su escasa audiencia, exclamaba: “Todo el mundo a la cama, que mañana será otro día”. Y yo, nerviosa y abrumada por la aplastante lógica del “porqué” de tan urgente retirada, abandonaba rápidamente la tertulia. “Hay que ver qué cosas tiene este hombre”, pensaba, mientras marchaba hacia mi cama. En fin..., que a mi abuelo le gustaban mucho ese tipo de actitudes.

Ciertamente, pasaba la noche, comenzaba un nuevo día, como decía mi abuelo y de nuevo el sol, con sus rayos dorados, anunciando la cercanía del otoño, inundaba de suaves colores la huerta. Aquel intenso verdor de primavera, salpicado por las infinitas tonalidades de las flores del valle; y desaparecido tras el tórrido calor del verano, tornábase ahora, ante la llegada del otoño, en multitud de matices ocres, anaranjados y verdes; formando, sobre todo al atardecer, un conjunto digno de ser cantado por el mejor de los poetas, o retratado, en este caso, por el mejor pintor impresionista.

Terminaba el verano, y con él el trabajo de la huerta. También nosotros nos marcharíamos al pueblo, en el que yo seguiría, como otros niños de mi edad, siendo protagonista de otras muchas vivencias infantiles.

Antes de que llegue el momento de mi despedida de aquel bendito lugar, he de presentar aquí a mi amigo Pedro. Éste era un muchacho que vivía en la casa de La Atalaya. De la dueña de la casa eran también las tierras donde se encontraban aquellos parajes de la huerta, descritos anteriormente. Pedro se dedicaba a cuidar de las ovejas. Bajaba de vez en cuando con su rebaño hasta la orilla del río para aprovechar los pastos de aquella zona, antes de que el intenso calor del verano terminara con la fresca hierba de primavera.; aunque, también en el verano, solía aprovechar los pocos pastos que se mantenían muy cerca del agua. Mientras las ovejas pastaban tranquilamente, nosotros nos dedicábamos a mirar las encinas, buscando los nidos de los pájaros. Recuerdo que tenía las rodillas hechas un desastre: no había día que no me hiciera algún rasguño; pero valía la pena, porque había veces que sorprendíamos al pajarito saliendo del cascarón. Otras veces

corríamos detrás de algún conejo, pero a éste no lo atrapábamos tan fácil; solo lo conseguíamos alguna vez con ayuda de los perros. También cogíamos ranas diminutas que luego echábamos al agua, y peces que también eran de las mismas dimensiones. Para eso nos metíamos en el río; y luego, con las manos y un montón de paciencia, lográbamos pescar algo. Claro que si hubiésemos tenido que comer de la pesca, pronto hubiéramos muerto de hambre.

Pedro era una buena persona, aunque “algo lento”, según mi abuelo. Era un poco tímido y sin instrucción alguna –había ido poco a la escuela–; aunque, al parecer, y según sus comportamientos generales, era bastante consciente de sus limitaciones; por lo que, cuando no sabía algo, se refugiaba en el silencio. Estas pequeñas limitaciones le habían convertido en un ser callado, hasta el punto de que, en ciertos momentos, daba la sensación de ser un poco huraño.

Por la tarde, Pedro regresaba a La Atalaya con su rebaño, y yo me quedaba con mi abuela, que era la mejor amiga que tenía; entre otras cosas, porque no tenía más. Ella acostumbraba, muy a menudo, a jugar conmigo al juego de “las casitas” (escenificación las labores del ama de casa, tanto en el hogar como, por ejemplo, hacer de vendedora en una tienda de pueblo). No tenía juguetes, aunque tampoco los necesitaba, porque yo misma los fabricaba: de las cáscaras de sandía hacía los platos; con los palos las cucharas, y con los cascarones de media sandía hacía también una especie de pesa o romana para pesar. Yo interpretaba el papel de señora de la tienda y mi abuela era la señora que compraba. En un lado de la balanza ponía unas piedras del río y en el otro, lógicamente, la mercancía. En aquella pequeña tienda imaginaria no faltaba de nada, y siempre se encontraba rebotante de felicidad y, sobre todo, de sueños.

–EPÍLOGO–

Finalizadas las tareas de la huerta, regresábamos al pueblo con profunda tristeza; no sin antes despedirme de todas y cada una de aquellas cosas que dejaba atrás en aquel lugar tan querido para mí, y cuyo recuerdo siempre he guardado celosamente en mi corazón, como una de mis vivencias más entrañables.

Comenzaba primero por el río, ya que era el más alejado de la casa. Y cuando, en mi despedida, me acercaba a él, el fluir de sus aguas parecía diferente: no parecía aquel río alegre de mis ratos de juego junto a unas aguas que eran, ciertamente, un regalo de la naturaleza en su lento discurrir entre jaras que, con sus grandes flores de cinco pétalos blancos, parecían llenar de luz el fondo de aquellas aguas cristalinas deslizándose sobre un lecho fluvial poblado de multitud de cantos rodados con una hermosa variedad de colores: blancos, grises, dorados, etc. Tornándose los más cercanos a sus orillas de un luminoso color verde, debido a su proximidad con el valle. No parecía ciertamente feliz aquel río en aquellos momentos de mi despedida; aunque, con el suave arrullo de sus aguas tratara de simular su tristeza. Me sentaba en una de las piedras que había junto a la orilla, y allí permanecía largo rato contemplándolo. En aquellos momentos, parecía lento; yo diría que incluso perezoso. Como si aquellas aguas desearan detenerse... o tal vez, porque no quisieran dejarme.

Finalmente, cogía unas hojas; en medio de ellas colocaba unas ramitas secas y las depositaba en el agua para que la corriente las arrastrara río abajo, pensando que éstas transportarían también parte de mis recuerdos. Y, rebosante de inocencia, creía que, aunque me marchara una vez más, él, con su tranquilo fluir, llevaría esa pequeña parte de mis recuerdos hacía algún lejano lugar, de donde habría de regresar con ellos para reencontrarse de nuevo conmigo, pasados los rigores del invierno... ¡Creo que era nuestra mejor despedida!

Seguidamente, me alejaba de allí para despedirme de los pajaritos; de aquellos que vi nacer y crecer en primavera. Sabía en qué árbol tenían sus nidos; y me entristecía, al comprender que tardaría en volver a verlos, ya que se marcharían buscando un clima más cálido para poder sobrevivir al invierno; regresando al año siguiente para reencontrarnos de nuevo en aquel lugar de ensueño. “Adiós amiguitos, adiós”, decía emocionada; mientras en mis ojos de niña asomaba una pequeña lágrima, diminuto testigo de mi tristeza. “El año que viene –continuaba con mi despedida– nos veremos otra vez, cuando la primavera regrese de nuevo”. Y mientras me alejaba de ellos el torrente de mis lágrimas distorsionaba en mis ojos la luz de la tarde, como si ésta quisiera arrancar de mi corazón y de mi pensamiento la imagen de aquella triste despedida.

Seguidamente, mis pasos me llevaban hacia mi rincón favorito, mi “cancho”. Me sentaba a su lado para sentir su calor y su energía, porque sabía que tardaría en regresar y por eso necesitaba todas mis fuerzas hasta que volviera de nuevo. “Qué feliz sería, si pudiera llevarte conmigo”, suspiraba emocionada, ante la inminente despedida de uno de mis lugares favoritos; “pero éste es tu mundo”, pensaba en voz alta, tratando de encontrar una buena disculpa para mi dolorosa separación. “Aquí eres libre”, concluí finalmente, como si quisiera de nuevo justificar mi marcha. Y, proseguí, mas o menos, con estas palabras: “El viento, la lluvia y el sol serán tus compañeros: el viento que barrerá todas esas malas hierbas que crecen y mueren a tu alrededor, y que parecen querer ocultarte; la lluvia que con su agua te regará y hará que tu imagen quede limpia y preparada para que, junto con los rayos del sol, y al final de los rigores del invierno, la tierra germine de nuevo; y una nueva vida llena de color haga que luzcas tus mejores galas, cuando regrese de nuevo la próxima primavera. Y aunque algún día el tiempo y la distancia me alejen de ti, y parezca que el olvido nos haya separado para siempre..., te prometo que, si Dios me da larga vida y salud, volveré a este lugar para abrazarte de nuevo y recordar contigo aquellos días de mi infancia...

Y vaya si lo hice, unos cuarenta años después en un día de julio de 1999. Qué feliz fui aquel día, al reencontrarme de nuevo, después de tantos años, con aquellos lugares que tanto he amado y que volveré a visitar, con toda seguridad, antes de que algún día mi avanzada edad y mi estado de salud no me lo permitan, para abrazar finalmente aquella tierra que me vio nacer y de la que, en mi corazón, he guardado siempre el mejor lugar para mis sueños.

He aquí, finalmente, algunos tiernos recuerdos, que traje en mi último viaje; y que, con tanto cariño, guardo en mi casa, como representación de aquella etapa con mis abuelos en la huerta:



Planta de tomillo recogida junto a mi “cancho” y ramita de la encina donde colgaba mi “remecero”



RÍO ALMONTE, el río de mis recuerdos, testigo de gran parte de mis juegos de niña y de una felicidad con la que tanto he soñado.

Desde Málaga, con un entrañable abrazo de Isabel González Mateos.
episabel@hotmail.com